

eran cosas que forzosamente tenían que causar mucho sufrimiento á una joven que había creído de buena fe, admitiendo sus relaciones, reparar una gran injusticia, devolver su antiguo esplendor á una casa venerable; en una palabra, acercarse á Dios al través de un amor permitido. De toda aquella quimera, que había durado algunas horas, sólo Dios quedaba. Bastaba esto para que la noble criatura se dijese: "¡Mi padre es tan dichoso! No le quitaré esta dicha. Cumpliré bien mi deber de esposa, y transformaré á mi marido. El conserva aún la religión. Tiene corazón... Haré de él un verdadero cristiano. Después yo tendré hijos, y los pobres,..." Tales eran los sueños que se agitaban tras aquella frente tan blanca, rodeada por los negros cabellos de aquella novia envidiada, y de cuyos vestidos los periódicos comenzaban á dar cuenta, para la que trabajaban gran número de modistas, costureras, joyeros, y que llevaría en sus contratos las mismas firmas que una Princesa de sangre; que iba realmente á ser Princesa, y unida á una de las más gloriosas aristocracias del mundo. Tales eran los pensamientos que sin duda pasearía durante toda su vida por el jardín del palacio Castagna, que iba á ser suyo, aquel jardín histórico, en el que se ve todavía un paseo de perales en el sitio donde Sixto V, cercano á la muerte, cogió un fruto, le probó, y dijo al General Castagna, jugando el vocablo con sus dos nombres, pues él se llamaba Peretti: "Las peras están malas. Los romanos tienen bastante. Bien pronto comerán castañas,.." Esta anécdota, que, entre paréntesis, no prueba más que algo del espíritu de Rivarol en el Papa más grande del fin del siglo XVI, encantaba á Hafner. Le parecía llena del más delicado ingenio. No dejaba de referirla á

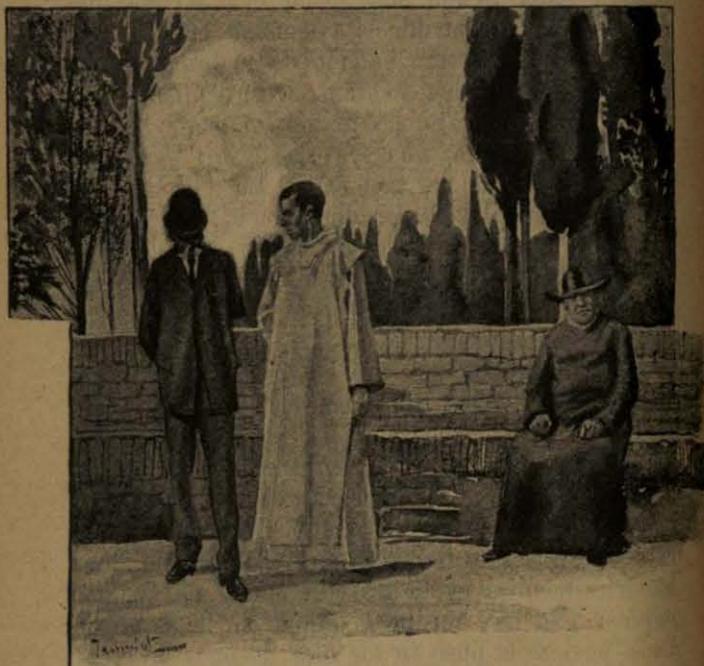
sus colegas, á sus abastecedores, á todo el mundo, sin recordar que dos días antes se la había referido al mismo á quien de nuevo se la contaba. Se olvidaba hasta de la ironía de Dorsenne.

—Se imita demasiado á sí mismo—decía este último á Alba riendo, una noche, ya al final del mes.—Le he encontrado esta mañana en el corso, y he tenido la tercera edición de la broma papal sobre las peras y las castañas. Después, como fuéramos juntos un rato, ha tenido, al mostrarme el palacio Bonaparte, una frase sublime: "También tenemos algo que ver con éste,.." Lo que significa que un sobrino del Emperador se ha casado con una prima de Pepino. Se cree pariente de Napoleón, se lo juro á usted. Cuando se trata de nobleza, no valen gran cosa los Bonapartes, sin embargo. Espero que él se avergonzará de esto...

—Y yo espero que será castigado como merece—respondió Alba Steno con voz sombría.—Ese triunfo es muy insolente. Si es cierto que su fortuna es un inmenso robo, piense usted en los que ha arruinado. ¿Qué pueden decir ante su infame dicha?

—Si son filósofos—respondió Dorsenne riendo más alegremente todavía,—ese espectáculo debe hacerles meditar en la frase de uno de mis amigos impíos: "No hay medio de dudar de la mano de Dios, pues se la puso en los ojos después de crear el mundo,.." Además, esas gentes, á las que ha arruinado, han jugado contra él en la Bolsa. Y después, ¿existe alguna propiedad que no tenga por origen el robo? Y, en fin, después, ¿por qué quiere usted que la Providencia que no impidió que Juana de Arco fuese quemada viva, mientras tantos perversos mueren en paz, se pusiera en campaña para castigar á Hafner por haber robado á egoístas bur-

gueses ó á nobles incapaces algunos millones de florines? Pero dejemos á este personaje, mitad buho y mitad pavo, y hablemos de su encantadora hija, á quien usted tiene que transmitir una agradable no-



ticia. ¿Se acuerda usted de cierto devocionario de Montluc?

—¿El que su amigo Montfanón había comprado para mortificar á la pobre niña?

—Precisamente. El viejo conjurado se lo ha devuelto á Ribalta, según me ha dicho este último, por cuya casa pasé ayer. Sin duda por espíritu de

mortificación. Y digo sin duda, porque no he vuelto á ver al pobre Montfanón desde aquel duelo que su impaciencia junto á Ardea y Hafner hizo inevitable. No sé cuántos días ha estado en el convento del monte Olivete, cerca de Siena, donde tiene un amigo, un cierto abate de Negro, del que habla como de un santo. Por Ribalta sé que ha vuelto, pero permanece invisible. Procuraré verle. En fin, el volumen está de nuevo en la tienda del petrolero de la calle Borgoñona, y si la señorita Hafner sigue deseando adquirirle...

No sospechaba el escritor que en el mismo momento en que blasfemaba de la grande y terrible idea de la Providencia, como digno hijo de un siglo ciego por los sofismas y entorpecido por los falsos análisis, servía él mismo de instrumento involuntario á aquella misteriosa justicia, siempre pronta á detener nuestras criminales victorias y á deshacer nuestros más seguros cálculos.

Cuando hablaba de aquel modo eran las dos. A las cuatro, Alba debía ir á buscar á Fanny para hacer juntas algunas diligencias y acabar la tarde en el jardín de la villa Celimontana, que á la nueva cristiana le gustaba extraordinariamente, por su paseo de encinas verdes, al fin del cual se encuentra una gruta con esta inscripción: "Aquí, San Felipe de Neri, rodeado de sus discípulos, venía á pensar en las cosas de Dios." Como era natural, el primer cuidado de la Condesita fué comunicar á su amiga la nueva dada por Dorsenne, y, cómo el devocionario tan deseado, había vuelto á la tienda del garibaldino.

—¡Qué dicha!—exclamó alegremente Fanny.—¡Yo que no sabía qué regalo ofrecer á mi querido Cardenal! ¿Quieres que vayamos á comprarle en seguida?

—¿El libro de horas de Montluc?—respondió el viejo Ribalta, cuando las dos jóvenes hubieron bajado del coche ante su tienda estrecha, más polvorienta aún, más llena de libros, y donde él esta-



ba, con un rostro aún más delgado y lívido, bajo su sombrero, que el librero no se quitó.—¿Y cómo saben ustedes que ha vuelto á mi poder? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Hay, pues, espías por todas partes?

El señor Dorsenne, uno de los amigos del señor

Montfanón, nos ha dado la noticia—respondió Fanny dulcemente.

—Es posible—respondió el mercader con su habitual insolencia; y abriendo el armario donde encerraba lo más disparatado de sus tesoros, sacó el precioso volumen, que tendió á las dos jóvenes sin soltarle. Después, con el mismo ladrido que cuando hablaba del asunto con Montfanón, dijo:—¡Ah! Es una pieza muy auténtica. Hay una firma truncada, pero indiscutible. Se ha comparado con el que se conserva en los archivos de Siena. Es la letra de Montluc, y he aquí su blasón... y las medias lunas de los Piccolomini. Este devocionario es una leyenda. El Mariscal se lo entregó á uno de los miembros de su ilustre familia. Uno de los descendientes me ha encargado de su venta. No le cederá menos de dos mil pesetas.

—¡Qué ladrón!—dijo Alba en inglés á su compañera.—Dorsenne me ha dicho que Montfanón sólo dió por él cuatrocientas.

—¿Estás segura?—preguntó Fanny; y como Alba contestara afirmativamente, dirigióse al librero con la misma dulzura:—¿Dos mil francos, señor Ribalta? Esto no es justo, puesto que usted se le cedió á Montfanón por la quinta parte de esa cantidad.

¡Entonces yo soy un mentiroso y un ladrón!—respondió brutalmente el viejo.—¡Un ladrón y un mentiroso!—replicó.—¡Cuatrocientas pesetas! ¿Usted quería este libro por cuatrocientas pesetas? Desearía que el señor Montfanón estuviese aquí para que la dijera á usted lo que le pedí por él... ¡Un ladrón y un mentiroso!—Y sonrió cruelmente al poner de nuevo el libro en el cajón, el que cerró con llave, volviéndose luego hacia las jóvenes, cuya be-

lleza, realizada por sus elegantes tocados, contrastaba con lo sórdido del sitio, las envolvió en una mirada tan odiosa, que se estremecieron y se apretaron instintivamente una contra otra. Con voz que parecía un silbido añadió el librero:—Si quiere usted gastar cuatrocientas pesetas, tengo un volumen que las vale, y que me proponía llevar al palacio Savorelli uno de estos días... Debe de ser uno de los últimos ejemplares que quedan, pues el Barón los compró todos.—Y pronunciando, gritando más bien estas palabras enigmáticas, había abierto el cajón de abajo del armario, y sacó un libro envuelto en un periódico entre otros muchos, prueba de que sabía reconocerlo entre el desorden aparente de la tienda. Desplegó el periódico, y, cogiendo el libro, enseñó el título á las dos jóvenes: *Hafner y su banda. Algunas reflexiones sobre una sentencia, por un accionista*. Era un libelo, hoy olvidado, aunque en su época hizo algún ruido en los círculos financieros de París, de Londres y de Berlín, habiendo sido impreso á la vez en tres lenguas: en francés, en alemán y en inglés, al siguiente día del proceso del *Crédito Austro-Dálmate*. Para ser justos hasta con un hombre tan injusto, conviene añadir que aquel opúsculo estaba plagado de inexactitudes, como la mayor parte de las obras de su género. Las únicas páginas verdaderamente terribles, porque eran indiscutibles como un hecho, reproducían *in extenso* el proceso mismo y la sentencia, con sus considerandos tan vergonzosos para Hafner como una condena. “Considerando el límite indeciso que separa aquí la mala administración del fraude“... Tal era la más dulce de las frases que motivaban una sentencia tan escandalosa, en efecto. Se decía que el Barón había gastado sumas enormes á fin de con-

seguir que se modificara su forma, sin poderlo conseguir. El autor del libro había contado que había ido á ofrecer un ejemplar al interesado proponiéndole la compra de toda la edición, respondiendo Hafner sencillamente:

—¿Cómo quiere usted que yo pague cuarenta mil pesetas por quinientos ejemplares que una agencia de librería me procurará en dos años á cincuenta *kreutzers* uno con otro?

Y, de hecho, él había pacientemente comprado y destruido la mayor parte de los volúmenes, y los que quedaban le importaban poco. Aquel profundo realista sabía la opinión que de él tenían las conciencias escrupulosas. Pero despreciaba la simplicidad como la cobardía de los otros. Sabía que los impresos no tienen valor alguno pasado el primer instante de sorpresa, aun cuando las revelaciones que contengan sean exactas. ¿No están encargados los periódicos por la abundancia de calumnias que acogen de hacer inofensivas hasta las más indiscutibles verdades? Así Ribalta se engañaba conservando tan cuidadosamente aquel libro inútil, como se engañaba creyendo que la pobre Fanny estaba demasiado iniciada en los negocios de su padre para no conocer la existencia del injurioso libelo. Y aunque estuviera seguro de la ignorancia de la joven sobre la reputación de su padre, hubiera mostrado el terrible libro. En el fondo de aquel hombre había una crueldad envidiosa. Sus ojillos garzos reflejaban una alegría verdaderamente feroz mientras tendía su volumen, sin soltarle, repitiendo:

—Vale las cuatrocientas pesetas.

—No mires ese libro, Fanny, dijo vivamente Alba después de haber leído el título de la obra y empleando de nuevo el inglés,—es una de esas vi-

llanías con las que no se debe manchar el pensamiento.

Habiase colocado entre su amiga y el mercader y continuó, sublime de indignación y de disgusto:

—Puede usted guardar ese libro, puesto que se hace usted cómplice de los que le han escrito, especulando con el miedo que usted cree que inspira. La señorita Hafner le conocia desde hace tiempo, y ni ella ni su padre darán un céntimo por él.

—¡Vamos! ¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor!—dijo Ribalta, guardándole.—Diga usted á su padre que siempre le tiene á su disposición.

—¡Ah! ¡Miserable!—dijo Alba cuando Fanny y ella salieron de la tienda y subido al coche.—¡Osar mostrarte ese libro á tí! ¡Y no hay tribunales que persigan acciones de esta naturaleza!

—Ya lo has visto—respondió Fanny.—Ha sido tal mi emoción que no he podido articular una palabra. Triste es que ese hombre me haya ofrecido semejante obra. Pero es un pobre hombre que tiene, sin duda, necesidad de dinero. Lo que es horrible es que se encuentre un hombre capaz de escribirle. ¡Mi padre! Tu no puedes figurarte su delicadeza en los negocios. Es la honra de su profesión. No hay un soberano de Europa que no le haya dado testimonio de ello. ¿Has visto todas sus cruces? Cuando tuvo aquel proceso en que luchó contra todos los envidiosos de su fortuna, yo era muy pequeña. Recuerdo lo agitado que estaba. Calcula tu, se tocaba á su nombre. Y esas cobardías han continuado hasta después que los jueces pronunciaron una sentencia que enaltecía su probidad seguramente... Felizmente él lo ignora.

Era tan conmovedora esta protesta apasionada,

tan sincera la ilusión en que vivía la generosa niña, que Alba le apretó la mano tiernamente. No hablaron más de aquel doloroso asunto por haber encontrado casi en seguida en una tienda de la Plaza de España á la señorita de compañía que debía servirles de rodrigón. Pero todas las palabras, todos los gestos, todas las miradas de la Condesita durante el paseo fueron caricias por la pena que sentía su amiga, su hermana en el destino, más dichosa que ella, puesto que la hora de la desconfianza no había sonado aún. Cuando se encontró por la noche con Dorsenne, que comía de nuevo en casa de la señora Steno, le llamó aparte para referirle aquella escena trágica y preguntarle:

—¿Conocía usted ese libro?

—Hoy—dijo el escritor—Montfanón, al que al fin he podido encontrar, acaba de comprar uno de los dos ejemplares que Ribalta ha recibido últimamente. El viejo conjurado lo cree todo cuando se trata de Hafner. Yo soy más escéptico, tanto en el mal como en el bien. No hay allí más que la relación del proceso que me haya producido impresión pues se trata de hechos reales y la sentencia. ¡Ah! ¡qué sentencia! Preciso es confesar que leyéndola se considera uno feliz de no ser hijo de tal padre.

—¿Y sin embargo, ha sido absuelto?

—Sí,—respondió Dorsenne,—pero no por eso ha quedado menos deshonorado. Según lo que he comprendido de esta tenebrosa historia, él había obtenido para su *Crédito Austro-Dálmate* la concesión de un camino de hierro de bastante importancia. Cómo el Barón y sus amigos han elevado los títulos de doscientos veinticinco francos á quinientos, á setecientos, á mil, es cosa que no sé explicar, ni cómo se produjo el desastre en toda la línea. Es la

historia de innumerables empresas que no resultan más que para provecho de gentes de la clase de Hafner. Lo que es un hecho es que él mismo ha producido el alza y la baja. No me pregunte usted el procedimiento. No entiendo nada de Bolsa. Esto está mal tratándose de un novelista que quiere pintar el mundo moderno. He debido ir al Bolsín por espacio de dos ó tres meses. En fin, lo cierto es que nuestro amigo ha robado una suma enorme, y por un cabello no ha sido cogido. El cabello ha faltado ó por lo menos el señor Justus—¡qué epigrama mejor que esta palabra!—ha pagado para que no se viera y los obligacionistas no han podido conseguir que le condenaran.

—En fin, ¿para usted es claro que, según ese proceso, es un ladrón?—interrumpió Alba.

—Claro como su nombre de usted, Condesita,—respondió Dorsenne,—si robar es saquear al prójimo escapando á la justicia. Pero esto sería lo de menos. El punto siniestro en este asunto es el suicidio de un tal Schroeder, un burgués de Viena, que conocía nuestro Barón íntimamente, y que aconsejado por su excelente amigo, había colocado toda su fortuna, trescientos mil florines, en este negocio. Los perdió y se murió de desesperación, y con él su mujer y sus tres hijos. En la Audiencia se leyó una carta de este hombre á Justus Hafner. ¡Oh! ¡Qué carta!

—¡Dios mío!—dijo Alba juntando las manos.—¡Y Fanny hubiera leído esa carta en el libro!...

—Sí—respondió Julián,—y todo lo demás con pruebas en su apoyo. Pero, tranquilícese usted, no tendrá el libro. Mañana pasaré por casa de ese anarquista de Ribalta, y compraré ese último ejemplar si ya no lo ha hecho Hafner. En circunstan-

cias ordinarias éste se reiría del caso, pero en las actuales debe evitar todo lo que dé lugar á alguna crónica sobre esta página tan poco brillante de su vida. Las manifestaciones del hermano de Schroeder, recuerdo ahora, son todavía más terribles que la carta.

A pesar de sus afectaciones continuas de ironía y de su egoísmo intelectual, Julián no dudaba nunca cuando tenía que prestar algún servicio. No engañó, pues, á su amiga prometiéndola comprar la peligrosa obra, y á la mañana siguiente se dirigió á la tienda de la calle Borgoñona, llevando los veinte luses que por aquélla pedía el librero. Quedó consternado cuando este último le dijo:

—Es tarde, señor Dorsenne. La señorita ha venido ayer por la tarde. Parecía importarle poco el libro... por regatear sin duda. Pero ha tenido que pagar su verdadero precio. Al padre le hubiera pedido más. A una joven se la deben consideraciones.

—¡Desgraciado!—exclamó el novelista.—¡Y se burla usted después de haber cometido esa acción de Judas! ¡Mostrar á una joven las faltas de su padre, que ella ignora! Jamás, ¿entiende usted? jamás ni Montfanón ni yo pondremos los pies en su casa de usted, ni monseñor Guerillot, ni ninguna de las personas que conozca. Contaré á todo el mundo la infamia de usted, la escribiré, y aparecerá en todos los periódicos de Roma. Le arruinaré á usted, le obligaré á cerrar esta inmundada tienda.

—¡Paciencia! ¡Paciencia!—respondió el viejo sin incomodarse.—Usted reclamará algún día la protección de Ribalta si se encuentra usted aquí cuando se haga la gran liquidación de los capitalistas.

¡Y sentirá usted entonces ese acceso de furia! Vaya usted—continuó, con un odio que indicaba lo poco que se arrepentía de su horrible venta.—Nada he enseñado á la hija del tudesco; y aunque por mí lo



hubiera sabido todo, ¿no sería justo? Yo también he leído ese libro. Las dos niñas Schröder que han muerto por culpa de ese Hafner, ¿eran menos inocentes que la hija de éste? ¿Y tantas otras jóvenes que han llegado á ser prostitutas porque sus padres han perdido sus fortunas, siempre por culpa de ese señor? A la guillotina es donde yo en-

viaría á los dos, al padre y á la hija, como se hubiera hecho el 93. ¡He aquí los hombres! ¡Vaya una época!... Pero, ¡paciencia! ¡paciencia! Esto comenzará, ¡y bien!... Y entretanto, lo cierto es que este vendedor de libracos ha podido malquistar al padre y á la hija... Esto es un hecho... ¡Eh!... ¡Eh!... ¡Eh!...

Fuése Dorsenne sin responderle, horrorizado ante aquella explosión de bárbara alegría. Ribalta acababa de aparecersele como la encarnación de lo que más odiaba en su cualidad de intelectual apasionado: el revolucionario moderno, que no tiene más que un programa, destruir. Él, que había tomado como divisa en política la frase de Goethe impidiendo la ejecución popular de un ladrón durante el sitio de Mayence: "Prefiero la injusticia al desorden", se hubiera, en otras circunstancias, encogido de hombros ante las declaraciones del garibaldino. Pero entonces aquel hombre, instrumento ciego de una justicia vengadora, le llenó de espanto. Recordó las burlonas frases que había pronunciado el día antes respecto á la Providencia, y se estremeció al notar aquel rayo que rasgaba el cielo azul de la dicha de Hafner; ¡aquella denuncia de su pasado á su hija en tal momento y por una vía tan torcida y tan natural á la vez! Recordó un versículo de la Biblia, que Montfanón citaba sin cesar en sus interminables discusiones sobre las razas: *Propter peccata patrum filii affligentur*. Las faltas de los padres caerán sobre los hijos. Si Fanny había leído el libro, como era de esperar, debía atravesar en aquel momento la misma aguda crisis de turbación horrible que Alba había sentido la tarde en que recibió el anónimo. Durante todo el día, Dorsenne procuró vanamente sacudir el peso de melancolía que aquella visita al miserable de la calle Borgoñona le había dejado en el corazón. El pensamiento del golpe que Fanny habría recibido le llenaba de compasión, y al mismo tiempo comprendía que este disgusto vendría sobre Alba. La sensación de una común miseria, ¿iba á exaltar, iba á dulcificar la desgracia de las dos

jóvenes? Así es que, al franquear á las nueve los umbrales de la villa Steno para dar cuenta de su misión á la Condesita, estaba emocionado. No había allí nadie más que los Maitland y dos viajeros de paso en Roma, dos diplomáticos ingleses en camino para un punto del extremo Oriente.

—Le esperaba á usted—dijo Alba á su amigo, tan pronto como pudo hablarle en un ángulo del salón.—Tengo necesidad de que usted me aconseje. Ayer tarde ha habido en casa de los Hafner un incidente trágico.

—Debía ser así—respondió Dorsenne.—Fanny ha comprado el libro de Ribalta.

—¡Ha comprado el libro!—dijo Alba temblando. ¡Ah, desgraciada! No le bastaba lo otro...

—¿Pues qué más ha sucedido?—preguntó Julián.

—Recordará usted que yo le he hablado de ese equivoco Noé Ancona, ese agente de negocios que ha servido de testaferro á Hafner para la venta del palacio de Ardea y forzar así el matrimonio. Pues bien; parece que ese personaje no ha creído suficientemente pagada su complicidad. Ha reclamado al Barón una fuerte suma, una comandita para fundar alguna gran casa de robo, y el Barón ha rehusado. El otro le ha amenazado con contar lo sucedido á Ardea, y ha cumplido su amenaza.

—¿Y Pepino se ha indignado?—dijo Dorsenne moviendo la cabeza.—No lo creo.

—Indignado ó no—respondió Alba—ha ido ayer tarde al palacio Savorelli, para hacer á su futuro suegro una escena terrible.

—Y obtener un aumento de dote—interrumpió el escritor.

—No le ha salido la cuenta entonces—dijo Alba—pues ni la presencia de Fanny, que llegó en

el momento de la discusión, ha detenido ésta. Tal vez el Príncipe había bebido más de lo razonable, como es de nuevo su costumbre. ¡Pero vea usted ya á la pobre niña iniciada en ese abominable comercio de su porvenir y de su dicha! ¡Y si además ha leído el libro! ¡No! ¡es demasiado horrible!

—¡Qué escena de familia!—exclamó Dorsenne.—Y en fin, ¿se ha deshecho el matrimonio?

—Oficialmente, no. Fanny está en cama, enferma por la emoción. Ardea ha venido esta mañana á ver á mi madre, quien ha visto también á Hafner. Les ha puesto de acuerdo, demostrándoles lo que ella cree verdad: que ellos tienen un igual interés en evitar todo escándalo y arreglar las cosas. Pero queda Fanny. Mamá quería que yo fuese esta tarde á suplicarla cambiase su resolución, pues ella ha declarado á su padre que no quería oír hablar más del Príncipe. Yo he rehusado. Mamá insiste. ¿No tengo razón?

—¿Quién sabe?—respondió Julián.—¿Cuál va á ser su vida junto á su padre, ahora que ya no tendrá ilusiones de lo que él es!

No tuvo tiempo de decir más. Su animada conversación había llamado la atención de la Condesa. Temió que su hija contase prematuramente al joven la ruptura inminente, pero aún no definitiva, del matrimonio. Aproximóse á ellos seguida de Maitland, que tenía en una mano una copa llena de licor y en la otra un cigarro, é interpelló á Julián con su voz sonora:

—Comienzo á creer, Dorsenne, que mi viejo amigo está en lo cierto al pensar que usted toma notas acerca de mi hija para su próxima novela.

—No es deseo lo que me falta—respondió el escritor con el mismo tono de broma—pero la Conde-

sita es demasiado complicada, demasiado difícil. Preciso es el pincel del Vince para pintar una Jonconda. Y se volvió hacia Lincoln Maitland, al que halagó deliciosamente el cumplido.

Después de reír fuertemente, respondió el artista americano dirigiéndose á su querida:

—A él es á quien yo querría pintar y no hoy. Estaría interesante en un fondo aceitunado, casi verde. Pero nunca ha querido... Debía usted obligarle á que viniera á Pieve con nosotros.

—¡Qué buena idea! —exclamó la Condesa.— ¿Acepta usted, Dorsenne?—y miraba á Julián con sus hermosos ojos azules, iluminados por el deseo de complacer el capricho de su amante, expresado de una manera tan poco ceremoniosa.—Partimos dentro de ocho días, si Dios quiere. Le ofrezco á usted un pabellón, donde estará usted sólo para escribir, con una biblioteca inmensa, la de mi abuelo, el amigo de sir Stendhal y de lord Byron. Tenemos la brisa del Adriático por mañana y tarde, y nunca hace mucho calor. Lincoln me ha prometido permanecer allí hasta fines de Julio. Entonces iremos á tomar baños á Venecia. Usted verá lo que es nuestra vida de campo en Veneto.

—El pintor es asombroso—se decía Dorsenne una hora más tarde volviendo á pie por la calle del Veinte de Septiembre, bajo la más dulce y clara de las lunas de aquel cielo de Roma.—Ahora hace invitaciones para el campo. Un poco más, y se pondrá frente á la Condesa en la mesa. He aquí una linda perspectiva de verano para mi pobre amigueta. Y es claro que la madre tiene deseos de que yo vaya. ¿Es que pensará que soy un marido posible? Vamos. Vamos. Es tiempo de imitar á los diez mil griegos y retirarse, pero no antes de saber el resultado de

la conferencia de las dos desdichadas jóvenes. ¡Qué miradas y qué palabras cambiarán! Será un diálogo patético digno de ser apuntado. Pero para estas conversaciones no hay nunca testigos. Es preciso imaginarlas. Por esto el arte es siempre inferior á la vida.

Aquella escena conmovedora se efectuó, en efecto, al día siguiente, y no transcurridas aún veinticuatro horas después que el novelista se había expresado así el disgusto de no asistir á ella. Solamente que se equivocaba sobre la forma del diálogo, de un modo que probaba una vez más que la sutileza de la inteligencia no adivinará jamás la sencillez del corazón. Las tragedias morales más dolorosas se anudan y se desenlazan en silencio las más de las veces.

Por la tarde, á eso de las seis, un criado anunció la visita de la señorita Hafner á Alba, ocupada en aquel momento en leer por décima vez la *Égloga mundana*, aquella tierna novela del árido Dorsenne.

Cuando Fanny entró en la habitación, Alba pudo notar que prueba acababa de atravesar su amiga, la semana anterior tan entusiasmada, y la rápida alteración de su expresivo y noble rostro. Cogióla la mano sin hablarla, como si hubiese ignorado en absoluto la causa real de la indisposición de su amiga.

—¡Qué contenta estoy de verte!—dijo.—¿Estás mejor?

—No he estado enferma—respondió Fanny, que no sabía mentir.—He tenido un disgusto... eso es todo.—Y mirando á Alba como para suplicarla que no la pidiera explicaciones, añadió:—Vengo á despedirme de ti.

—¿Te vas?—preguntó la Condesita.  
—Sí—dijo Fanny.—Voy á pasar el verano en nuestra tierra, en Stiria.

—Y en voz baja añadió:  
—¿Te ha dicho tu madre que mi concertado matrimonio con Ardea se ha roto?

—Sí—respondió Alba; y las dos callaron de nuevo.



La primera que habló fué Fanny.

—Y tú ¿qué haces este verano?—preguntó.

—Vamos á Piove, como siempre—respondió Alba.—Tal vez irá Dorsenne, y seguramente Maitland.

Hubo un nuevo silencio. Se miraron, y sin pronunciar palabra, leyeron distintamente en sus respectivos corazones. El martirio que ambas sufrían era tan parecido, que sintieron en el mismo instante una misma compasión. Obligadas á condenar, la una á su padre, la otra á su madre, cada una tuvo un movimiento de todo su ser hacia su amiga, tan desgraciada como ella. Y abrazándose, rompieron en sollozos.

